



*D. Pedro de Castro Figueroa y Salazar, Duque de la Conquista Marques de Gracia R. Caballero de los órdenes de Santiago, y de la R. de S. Genar, Comendador de Castilberas en la de Calatrava, Cap.º de los Ejércitos de S. M. de su Supremo Consejo de Guerra, Sarg.º mayor e inspector de sus Reales guardias de Infantería Española, Gentil-hombre de la Cámara con entrada de S. M. Siciliana, de su Supremo Consejo de guerra, Virrey, Gob.º y Cap.º Genl. de esta nueva España y Pres.º de la R. Audiencia que reside en ella & Virrey 39.º entró Año de 1740.*

*lit. de la V. de Murguía e hijos.*

*El Duq. de la Conquista*

### TRIGESIMONONO VIREY.

## DON PEDRO DE CASTRO Y FIGUEROA,

DUQUE DE LA CONQUISTA Y MARQUES DE GRACIA REAL.

DEBIÓ sus ascensos y títulos á las campañas de Italia, en cuya guerra se halló empeñada la monarquía española para establecer como soberanos en aquella península á los hijos del segundo matrimonio de Felipe V. Como estaba España en pugna con Inglaterra, tuvo que embarcarse el duque de la Conquista para ir á Nueva-España. en un buque mercante holandés; pero ya cerca de las costas, perseguido y á punto de ser apresado por dos buques ingleses, se arrojó en una balandra ligera de Puerto Rico que lo escoltaba, sin poder tomar ni aun su ropa y papeles, y en tal estado llegó á Veracruz el 30 de Junio de 1740; habia salido de Puerto-Rico y entre los cabos de S. Antonio y Corrientes fué apresado el buque por los ingleses y apenas pudo salvarse dejando el baul en que llevaba todos los títulos, despachos, cédulas, instrucciones y órdenes reservadas, todo lo cual fué expedido por duplicado en el Consejo de Indias. El equipaje que perdió el duque lo valuaba en cien mil pesos, y para compensar la pérdida solicitó se le aumentara el sueldo á la cantidad que entonces gozaba el virey del Perú. Tuvo algunas contestaciones con el gobernador de Jamaica acerca de la devolución de presas sin poder conseguir nada. Llegado á Veracruz el duque, escribió al arzobispo-virey y aunque aparecieron algunas dificultades acerca de recibirlo, lo fué por constarle al arzobispo que el dicho duque estaba nombrado virey; la Audiencia se conformó con los papeles que exhibió el Sr. Vizarron y el nuevo virey entró á México el 17 de Agosto de 1740, en cuyo dia tomó posesion de los puestos de virey, gobernador y capitán general. Se le participó desde luego que los franceses, con ánimo de fundar colonias habian penetrado á Nuevo-México; pero que no hallando la tierra favorable á sus designios, habian regresado á sus poblaciones. A la vez los ingleses mandados por el general Ogle bombardeaban la poblacion y el fuerte de San Agustin de la Florida, teniendo que levantar el sitio por la tenaz resistencia que hicieron los españoles.

Encontrándose el duque con la guerra contra Inglaterra, la carencia de azogues y teniendo que enviar fuertes cantidades á las provincias, principalmente á la de la Ha-



bana, en donde se iban á construir diez navíos de guerra, tuvo grandes dificultades en su gobierno que le acarreó muchos disgustos. Desde luego procuró mejorar el beneficio de las minas de Zacatecas, atendió á la subsistencia de las misiones de Filipinas y quiso corregir los abusos que cometía el asentista de naipes contra los que jugaban con barajas viejas. El duque encontró la Nueva-España casi desarmada; y aunque había buenas milicias, no podían hacer ejercicio por falta de armas, pues hasta los quinientos fusiles que habían sido fabricados en Puebla, sirvieron á los soldados que pasaron á Veracruz; envió soldados á S. Agustín de la Florida para completar el número de que había de componerse la guarnición que había sufrido mucho con el sitio que le pusieron los ingleses; procuró que se limpiara y profundizara el canal del puerto de Veracruz, á cuya ciudad quiso quitar la muralla que al rededor le había mandado poner el marqués de Casa-Fuerte; corrigió el abuso de que el Hospital de indios fuera perjudicado con motivo de que se imprimían en otras partes las cartillas, cuando esto era un privilegio del dicho hospital y procuró la alternativa entre montañeses y vizcaínos en los empleos del Consulado.

Arreglada en Lóndres la escuadra á las órdenes del almirante Ogle, se resolvió fuera á Cartagena, de la que se calculaba apoderarse con tres mil hombres de desembarco y despues de esto y de quemar las naves españolas y demoler las fortificaciones, pasarian á Veracruz donde desembarcarían por la parte del castillo viejo, conservando en rehenes la plaza cuya toma consideraban fácil. Aunque los planes de los ingleses no podían menos que ser dudosos, no dejó el virey de redoblar sus precauciones para resguardar el puerto y las costas. En la bahía de Campeche no habían cesado de presentarse los ingleses apoyados por las escuadras que tenía su gobierno en Indias, entre las cuales se contaba en primer lugar la mandada por el almirante Vernon y que fué reforzada por nuevas fuerzas; ya dicho almirante con veinte navíos de guerra y sesenta embarcaciones de transporte había entrado á la bahía de Guantamano, en la isla de Cuba, desembarcando cuatro mil hombres de gente arreglada y mil negros, con cuya gente ocupó algunos puertos, siendo su principal objeto tomar á Cuba para lo cual esperaba refuerzos. De España volvieron á ser enviados mil hombres con porción de armas y municiones para defender los puntos amagados pagando dicha fuerza el virey de Nueva-España poniéndose de acuerdo con el gobernador de la Habana. Vernon permaneció fortificado en la isla y luego hizo una expedición á Panamá; pero los huracanes destruyeron su escuadra y tuvo que volverse á Jamayca. Los recursos para los situados escaseaban tanto que en Santo Domingo se sublevaron los soldados por la falta de pagas y quedó obligado el virey á remitirlas y además diez y seis mil pesos. Estando en muy malas circunstancias el presidio de Santa Rosa en la punta llamada de Sigüenza, dictó el duque oportunas providencias para componerlo, envió allá soldados y un número regular de forzados para los trabajos y las municiones suficientes para repeler á los ingleses, y nombró gobernador é inspector del mismo presidio á D. Gervasio Cruzat con sueldo de coronel.

Con motivo de la guerra con Inglaterra, el almirante Vernon había hecho gran daño al comercio de las Indias; tomó á Puerto-Bello y ocupó varios fuertes de Cartagena; por esto la Nueva-España estaba en continua alarma temiendo á un enemigo tan formidable y previendo el duque de la Conquista que Veracruz fuese atacado, no solamente mandó hacer levadas y envió pertrechos á esa plaza sino que determinó pasar allá para con su presencia y autoridad apresurar los trabajos que eran necesarios y poner

los fuertes en estado de resistir á los ingleses, con cuyo fin hizo construir en el castillo de San Juan de Ulúa, las baterías rasantes de Guadalupe y S. Miguel y levantó para la guarnición del puerto un batallón con el nombre de la «Corona,» el cual dió origen al regimiento del mismo nombre, formando el primer cuadro con la tropa de marina que había quedado en el puerto cuando estuvo de baja la escuadra de Barlovento, y comenzó á manifestar por sus proyectos, que era un notable hombre de Estado. Ocupado en estos asuntos fué atacado de una grave enfermedad proveniente del mal temperamento que lo obligó á regresar á la capital donde falleció el 22 de Agosto de 1741; el entierro fué hecho con gran pompa quedando el cadáver en la bóveda del altar de los reyes, en Catedral. No faltó quien atribuyera la muerte del virey al disgusto que le causó una reprensión que le hizo Felipe V, porque al escapar de los ingleses cuando saltó del navío al esquife, había librado á un perrillo faldero y dejó perder los pliegos é instrucciones que llevaba. Entró á reemplazarlo la Audiencia, la cual presidió en el entierro. De acuerdo con la real cédula de 22 de Julio de 1739, que prohibía se reunieran en lo futuro las dos jurisdicciones eclesiástica y secular en un mismo individuo, y no existiendo mas pliego de mortaja que el dado para el fallecimiento del marqués de Casa-Fuerte, que llamaba al gobierno á un eclesiástico, declaró la Audiencia haber recaído en ella el mando de Nueva-España y en el oidor decano la capitania general.

Gobernó la Real Audiencia presidida por el oidor decano D. Pedro Malo de Villavicencio hasta que se presentó el nuevo virey. En esa época llegó á Acapulco el galeon de Filipinas y apenas había desahogado cuando se dejó ver en aquellas aguas el célebre corsario George Anson que venia en busca del citado galeon, creyendo hallar la costa del Pacífico en la Nueva-España tan desguarnecida como la del Perú, en donde por sorpresa había tomado y saqueado á Paita en una noche con solo un puñado de piratas, apresando los navíos que halló é incendió la ciudad impulsado por la ira, á causa de que el gobernador de aquella provincia no quiso rescatar la plaza y las presas hechas. El corsario ignoraba que la noticia de todos sus ataques era bien sabida en México y que la Audiencia tenía acuartelados seiscientos veinte hombres para que acudieran á donde fuera necesario, aunque es cierto que la feria se hizo sin que se supiera que los enemigos surcaban aquellas aguas. El corsario Anson apresó un buque de pescadores, por los que supo que el galeon había llegado y entonces pensó que manteniéndose oculto podría con ventaja compensar sus pérdidas apoderándose de un buque cargado de plata; dejó mientras tanto cerca de Acapulco varios buques ligeros para que espíaran lo que hacían los españoles y se fué á hacer aguada á Zihuatanejo. Observados por los atalayas los movimientos de la escuadra de Anson y que sus navíos despues desaparecían, se tuvo por señal ciertísima de que el enemigo surcaba aquellas aguas, y como en ellas solamente había de navegar el galeon de Filipinas y una que otra embarcación peruana que iba á cargar géneros de China, la Audiencia dispuso que la partida del galeon no tuviese efecto hasta el siguiente año. Anson, ya provisto de agua, volvió á Acapulco en cuya altura se mantuvo hasta Mayo en que se retiró temiendo le faltaran los vientos y se dirigió para China con la esperanza de alcanzar al galeon que suponía ya había partido, despachando antes á Acapulco á todos los prisioneros que había hecho allí, reservándose tan solo los negros, dió fuego á algunos navíos que había apresado en las costas del Perú y escribió al castellano pidiendo le restituyera un oficial y seis marineros prisioneros, en cange de los cuales ofrecía otros que él había hecho en el Perú, lo que se verificó.



La Audiencia licenció la tropa despues de esperar ocho meses para asegurarse de la partida de los ingleses y gobernó hasta Noviembre de 1742, fué multada en cuarenta mil pesos por haber alterado la sentencia de un comiso; hizo bajar á Veracruz los caudales que el duque de la Conquista habia hecho situar en Orizava; cuidó de que no circularan las obras impresas sin el permiso del Consejo de Indias; envió caudales á España para el pago de pertrechos destinados á la escuadra y remitió presos á dos ingleses que estaban en Veracruz. No alcanzando los recursos para el pago del regimiento miliciano, mayormente por haber aumentado el duque de la Conquista seis compañías con sus oficiales correspondientes, se dispuso fueran suprimidas estas compañías refundiendo los soldados en las ocho de pié fijo, luego que concluyera la guerra con los ingleses. En cambio fueron aumentadas en Veracruz las compañías de dragones á cien hombres, y se queria que la guarnicion del puerto subiese á dos mil. Dedicada la Audiencia al despacho de los negocios, concluyó todos los retardados durante la enfermedad del duque y los demas que despues se ofrecieron y conservó la tranquilidad en su gobierno.

El aspecto de México no habia variado conforme era de esperarse con el trascurso del tiempo, las mismas tres acequias principales cruzaban la ciudad: una que venia de la parte del Oriente y corria por un lado del palacio real y Audiencia y por delante de las casas del Ayuntamiento, atravesando la ciudad por la calle que tomaba el mismo nombre de la acequia y desembocaba en otra que pasaba por delante del monasterio de S. Francisco hácia Santa María, reuniéndose con las de ésta y la espalda de Santo Domingo, é iban á desembocar hácia la parte mas occidental de la laguna. Otra acequia corria por el barrio de Monserrate y por detras del convento de Regina Coeli hasta las carnicerías. Los indios seguian usando para su comercio de pequeños barcos de un solo tronco en los que atravesaban ligeros las lagunas. Varias calles estaban ya empedradas lo cual hacia mucho bien, pues siendo el terreno salitroso y desagregado se formaban en tiempo de aguas pantanos tan profundos, que los coches se atascaban hasta los ejes y los caballos hasta el vientre. En varias plazas y calles y en todos los monasterios, colegios y hospitales, así como en muchas casas, véanse fuentes de las aguas de Chapultepec y Santa Fé, en los arrabales continuaban habitando los indios que tenían chozas de adobes con acequias cercadas de cañas. El crecimiento y belleza de la ciudad se debió á la obra lenta de las generaciones, influyendo en el adelanto mas bien los esfuerzos aislados individuales, pues los gobiernos se habian quedado muy atras en esta materia. En 24 de Febrero de 1742 ocurrió un grande incendio en la capital, reduciendo á cenizas las casas de Estado; alimentado por un violento norte no fué posible apagarlo, y por los daños que causó es recordado como uno de los mayores incendios que México ha sufrido.